

des dolores que la han abrumado en el presente siglo. Francia ha sufrido precisamente por extirpar los errores que ennegrecían la conciencia universal.

Si sus desfallecimientos lograron apagar en ella la idea democrática, hoy palpita en su seno, llena de robusta fuerza, la institución de la República, por cuyo medio volverá á ser, como lo exige la índole de su raza, la protectora constante, la infatigable amiga de todos los pueblos libres de la tierra.

¡¡¡Mexicanos!!! Han pasado para siempre los tiempos luctuosos en que era preciso verter la sangre por la defensa de la Patria. Que no vuelva tampoco á turbar el sueño de nuestros héroes el estrépito de la guerra civil. Considerad que ellos han muerto, exhalando gozosos hasta el postrer aliento de la vida, para dejarnos la patria independiente.

Tened fe en el porvenir. El camino del progreso es áspero y fatigoso; pero mirad hacia adelante, y entre claras lontananzas divisareis una inmensa llanura. Nada os falta para ser felices: teneis todos los elementos en vuestras manos: en la historia, un pasado glorioso; en el pueblo, raza robusta y altiva, propia para el trabajo y para la libertad: en las leyes, igualdad de derechos, campos dilatadísimos para ejercer la inteligencia y las creadoras fuerzas: á vuestra vista, las cimas del poder aseguibles á todos los talentos y á todas las ideas.

No desaprovecheis, que sería horrenda ingratitude, este feliz momento histórico, que en sus favores os brinda la Providencia.

DISCURSO PRONUNCIADO

El 8 de Septiembre de 1892,

EN LA FIESTA DE CHAPULTEPEC, PARA CONMEMORAR

LA GLORIOSA JORNADA

DEL 8 DE SEPTIEMBRE DE 1847

SEÑOR PRESIDENTE: SEÑORES:

Un altísimo deber, como son todos los que ligan al hombre con la Patria, nos reúne una vez más á la sombra de estos árboles seculares y en el teatro, hace 45 años, de sublimes actos de heroísmo enfrente de incalificables atentados de la fuerza, para tributar honores públicos y bendecir á la faz del mundo á un puñado de jóvenes valientes que, cuando todo presentaba á su alrededor los síntomas de la muerte, no vacilaron en ofrecer el holocausto de la vida, de sus esperanzas é ilusiones en aras de la defensa nacional, logrando con su sacrificio disminuir al menos la amargura de nuestro desamparo y hacer hasta orgullosamente llevadera la desesperación de la derrota.

Sí, señores, aunque en este sitio, fuerza es traer á la mente el luto de nuestras águilas heridas por alevosa mano y el martirio de los tiernos soldados que defendieron la integridad del territorio y la honra de nuestra raza; al acibarado recuerdo de tan indescriptibles dolores tiene que sobreponerse la inmensa satisfacción de haber contado por nuestra parte con la justicia y el derecho, y de que su ultraje en nosotros no es tan grande como el ejemplo de abnegación que dimos al mundo, pues si es honda nuestra tristeza, al recordar aquel desastre, como fué

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
H. A. N. L. P.

cruel la definitiva separación de los seres queridos que aquí exhalaron el último suspiro, nada puede obligar tanto la admiración de la historia, cual el espectáculo de la juventud combatiendo y muriendo por la Patria, quien, en su angustia siquiera no dejó de oír la viril respuesta de que aún alentaban hijos resueltos á sacrificarlo todo, ántes que verla indefensa y mancillada por sus profanadores.

¿Qué importa que la victoria no hubiera coronado los esfuerzos de nuestros mártires? Ciertamente ellos murieron sin obtener el triunfo que tenían derecho de esperar, y tan generoso como fué su sacrificio, no nos preservó de las consecuencias de una invasión terrible y despiadada.

Empero, todos, sin excepción, nos sentimos obligados á glorificar con la mayor efusión de nuestra alma á los jóvenes guerreros, que con su muerte consagraron este sitio, convertido desde entonces en altar purísima del más acendrado patriotismo, y en monumento imperecedero, donde aprendan las generaciones del porvenir á no retroceder, sean cuales fueren los peligros y las desventajas, en la senda del honor y del deber.

Y es, señores, que el sacrificio del hombre vertiendo su sangre en defensa de la tierra que simboliza sus más bellos recuerdos y sus más venerables tradiciones, dignifica á la humanidad y la levanta sobre las miserias de esta vida, hasta las divinas alturas de la inmortalidad. Y cuando ese sacrificio aparece consumado por seres, cuya temprana edad parecía dispensarlos del gravísimo deber de morir por la Patria; por jóvenes educandos, de frente pura y sonrosada, abierta sólo á las irradiaciones de la ciencia; pero bastante débil para soportar los pesados laureles de los héroes; entonces, señores, el respeto hacia ellos debe rayar en apoteosis, y, no reconociendo límites nuestra gratitud, necesario es que

multipliquemos nuestros cánticos de gloria y se desborde toda la ternura de nuestros pechos, temerosos siempre de no pagar, sino débilmente, ni una sola gota de la sangre generosa con que aquellos ángeles del patriotismo ungieron nuestro suelo, y de seguro empequeñecieron á los ojos del mundo la bravura de sus mismos vencedores.

Mas ¿cómo sucedió que los alumnos, los niños del Colegio Militar, se convirtieron en esos gigantes héroes, cuyos nombres ha recogido respetuosa la posteridad? ¿qué hado averso se enseñoreó de nuestro cielo oscureciéndolo y diezmó á nuestros hermanos, sepultándolos? ¡Ah! lo repiten y repetirán siempre los doloridos ecos de la universal elegía humana.

Era que una nación poderosa, entre nuestras vecinas, había fijado ávida mirada sobre nuestras tierras feraces, desde que algunos malos hijos de México, portentos de depravación y cinismo, que por fortuna surgen en el tiempo de tarde en tarde, como el asqueroso oprobio de la humanidad, pronunciaron en sus oídos palabras que debieron quemar sus labios, emponzoñados con la hiel de la ingratitud; y señalándole la esmeralda de nuestros campos y más allá el zafiro de nuestros montes, hicieron bullir en su pecho ambición irresistible y criminal, que estalló al fin en un reto, el más vergonzoso, en una lucha la menos motivada y más desigual, en una guerra sin precedente, sin justificación y sin nombre.

El retador era poderoso y débil el obligado á la lucha; el triunfo de la pujanza de nuestros enemigos era indefectible; parecía que toda la tierra mexicana abría espontánea su seno para guardar á sus hijos vencidos; pero ¡ah! á medida que el brillo de la vida se apagaba sobre la frente ardorosa de nuestros bravos, la historia comenzaba también á abrir sus galerías brillantes, para recoger los cuadros grandiosos, inimitables, sublimes, de aquel ejército de héroes,

amurallados sólo con sus pechos y no armados sino con su patriotismo.

Epica fué aquella campaña cruentísima, en que cada soldado fué un valiente, cada valiente una víctima y en que á todos los caídos sólo la ceguera del vencedor podía no verles el nimbo de la gloria. La tradición ha conservado con celoso afán aquellos actos no interrumpidos de patriótico arrojo, que tuvieron su imponente comienzo en las hecatombes sin igual de Palo Alto y la Resaca, donde nuestras tropas combatieron con esperanza; siguieron en Padierna y Churubusco, donde el enemigo extremó el rigor de las leyes militares sobre nuestros desfallecidos prisioneros, y no terminaron, sino al dirigir, acribillados por la metralla enemiga, la última mortecina mirada al sol que había alumbrado su cuna, unos cuantos niños á quienes parecía querer respetar la misma muerte, de cuyos brazos se escaparon al fin, ascendiendo al empero de las almas nobles, envueltos en la blanca nube del sacrificio y coronadas las infantiles cabezas con la diadema de la gloria inmarcesible.

Sí, señores, reconozcámoslo, y proclamémoslo muy alto: aquellos niños fueron unos valientes extraordinarios, unos heroes como no los vieron nunca las edades, unos mártires como no los dió á luz ninguna tierra, un prodigio que ha obligado á la historia á abrir un nuevo é interesante capítulo con su grandeza, con su denuedo, su resolución inquebrantable y su muerte.

Pocos, muy pocos, un insignificante grupo de esos héroes de quince años, al mando de su maestro y director, el Gral. Monterde, no temieron al grueso del ejército invasor que, potente por su número, superior en organización é invencible por su armamento, se presentó ante esa cumbre, augusta desde entonces, dejando atrás regueros de víctimas y destrozos innumerables en las escasas pero resueltas filas de

nuestros patriotas. Creyó el enemigo que las matanzas hechas en su carrera de exterminio, serían bastantes á enervar las fuerzas que sostuvieran reñido combate en la Angostura y lo amenazaran con tremenda derrota; creyó con la desgracia nuestra en Cerro Gordo, que del patriotismo mexicano se habrían ya extinguido las últimas pavesas, y que no le restaba sino quedar triunfante y orgulloso en la capital que, presa de insuperable pánico, estaría sólo ansiosa, como desolada madre, de salvar la vida de sus hijos. Mas la justicia del cielo le había reservado el ejemplo único de Chapultepec para su tremendo castigo y para su eterna é irredimible vergüenza. Indomables aquellos pequeñuelos como el espíritu mismo de la guerra; altivos como la protesta elocuente que representaban de la debilidad ultrajada contra la fuerza impía; resueltos, como si en ellos renaciera aquel númen que sostuvo á sus padres para luchar por la primera independencia, opusieron sus pechos, su ánimo agigantado, sus débiles armas y su inmenso amor por México á aquel coloso, emisario de la iniquidad y de la muerte, que cavaba impasible la tumba de sus víctimas, y que acosado por los gritos del remordimiento, parecía querer aturdirse con la embriaguez de un triunfo fácil, sanguinario é ignoble.

Tal es el tristísimo; pero legítimamente glorioso episodio que aquí recordamos. El tigre hincó su diente sobre el aprisco indefenso; desatáronse la muerte y la desolación, y el incendio y el séquito entero de horrores de esa hidra secular de la fuerza bruta, convirtieron nuestras ciudades florecientes en dilatados cementerios, en sabanas solitarias nuestros campos, y nuestros templos en inmensos hospitales. Triunfó la iniquidad del derecho, la insolencia se sobrepuso á la razón y el cinismo ostensible de la fuerza venció al amor puro y divino de la Patria.

Pero el dios de las batallas no es el Dios de la

justicia, que en el fondo del alma de todas las generaciones ha depositado las ideas preciosas del deber y del honor, y hace que al recuerdo de las víctimas de una santa causa se exalten esos sentimientos y prorrumpan los labios en entusiastas himnos de admiración y gratitud. El Dios de la justicia es el que ordena escribir con caracteres indelebles, en las páginas de la historia, los nombres de los Espartanos, caídos á los pies de los Persas y vencidos sin embargo; los de Sagunto y Numancia, prefiriendo morir con la muerte de Catón y de Bruto, á vivir bajo el yugo extranjero; el de Polonia, desmembrada, disjecta; pero alentando en su inmensa desgracia regeneradoras esperanzas; el de los hombres libres de las pampas Argentinas, que desafían todo el poder brasilero que brega por arrebatárles su independencia; el de todas las Repúblicas Americanas que sacrifican sus hijos por sus libertades patrias. Ese es el Dios de la justicia. Y es el mismo, señores, que después de contemplar á México, repeliendo la más injusta de las invasiones con su trágico desenlace de Chapultepec, donde se muestra lo que jamás se había mostrado en la historia, la infancia sobrepujando á la heroicidad, nos ha mandado que recojamos en el santuario de nuestros recuerdos más queridos, este hecho de sublime significación, como la más legítima gloria de nuestra Patria, y para que lo levantemos muy alto á la vista atónita del mundo, como el blasón más espléndido de la raza latino-americana.

Sí, alumnos del Colegio Militar, reconocemos que vuestros predecesores del 47 sacrificaron su vida, sin más esperanza que alentar y consolar á nuestra Patria, desolada ya y rendida á los pies de poderosos enemigos. Las generaciones posteriores, ante el recuerdo de tamaña abnegación, se han sentido obligadas á no olvidar nunca los nombres de esos jóvenes generosos, á repetirlos siempre con cariño, á

no pronunciarlos sino con respeto, porque son para nosotros el emblema inmaculado del patriotismo, la expresión de legendarios esfuerzos, que nos imaginamos ver reproducirse todos los días al amanecer, cuando los pájaros gorgean en sus nidos y las flores abren sus corolas para saludar al nuevo sol, sobre cada piedra, cerca de cada árbol, en cualquiera rincón de este bellissimo sitio. Al venir aquí en una época en que ya luce para nuestra amada Patria la bienaventuranza de la paz y del progreso, sólo quisiéramos ver animarse los helados restos de aquellos niños sublimes, que sin duda partieron de esta vida, mientras soñaban con ser alguna vez testigos de nuestra prosperidad presente. Dios no lo quiere así, porque los tiene en el Empireo, muy cerca de su trono, y bajo su mirada cariñosa. A nosotros, pues, no nos pertenece sino cantar su memoria, bendecir sus hechos y esparcir con orgullo al mundo, adonde quiera que se sufra por la violación del derecho y por el decaimiento del amor patrio, el perfume de sus heroicas, de sus grandiosas y épicas hazañas.